

Febrero 2023

TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN Nº 17

ALMAS EUCARÍSTICAS

Tres mujeres laicas, mártires

EVANGELIO, PAN DE VIDA

«Será entregado a la muerte...»

POSTRADO A TUS PIES

Te amo, Corazón de Jesús, en la Eucaristía

“La Eucaristía es canto perenne al inagotable amor salvador de Dios”. (P. Rodrigo Molina)



SUMARIO

- **P. RODRIGO MOLINA,
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA**
La Eucaristía, fuente de alegría..... 3

- **POSTRADO A TUS PIES**
Te amo, Corazón de Jesús, en la Eucaristía.... 4

- **DOCTRINA SOBRE EL
SACRAMENTO DEL AMOR**
Miércoles de Ceniza..... 5

- **EVANGELIO, PAN DE VIDA**
“Será entregado a la muerte...” 6

- **REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO**
Jesús, nuestro remedio en la Eucaristía..... 8

- **MARÍA Y LA EUCARISTÍA**
María propicia nuestro encuentro con Jesús.. 10

- **ALMAS EUCARÍSTICAS**
Tres mujeres laicas, mártires 12

- **MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS**
El milagro eucarístico de Ludbreg 14

Foto portada: Basílica del Santísimo Sacramento (Argentina)

La Eucaristía,

FUENTE DE ALEGRÍA



La Eucaristía es fuente de alegría porque festeja la Alianza que hizo Jesús con nosotros, porque es imagen del banquete celestial, porque da sentido a nuestros dolores ofrecidos al Señor. «*Vuestra tristeza se convertirá en alegría*» (Jn 16, 20). Es una alegría que se abre a los demás para compartir con ellos un gozo superior a las realidades de este mundo.

Nos dice el P. Molina:

«El único fundamento de la felicidad del hombre: DIOS.»

En la Eucaristía, nos hace patente Jesús que su vida, desligada de todo interés, está totalmente consagrada a nosotros para llevarnos al conocimiento de que lo nuestro no son las ofertas del mundo, sino el futuro Reino de Dios; que nuestra felicidad no está en este mundo de felicidades pequeñas, parciales y caducas, sino en la felicidad una y eterna del cielo, cumplimiento de toda felicidad.

La Eucaristía, el Dios con nosotros en forma de pan mudo, conveniente y asimilable, es el invento del amor absoluto de Dios para iluminarnos, atraernos, integrarnos

a todo el Bien, Sumo, Único que es Dios y su felicidad.

La Eucaristía, lo que encierra la Eucaristía –el paroxismo del amor hecho sustancia propia en la fe– trae la vida, el orden, la reconstrucción, la felicidad porque la Eucaristía asimilada en la fe trae la comunión con Dios y, en Él y a través de Él, con todas las criaturas de Dios.

La Eucaristía, prueba palpable del designio de Dios de comunión conmigo.

La Eucaristía es por lo mismo alegría. La Eucaristía es canto perenne al inagotable amor salvador de Dios.

En la Eucaristía Dios me espera para colmarme de felicidad superabundante, de gozo profundo, para convertirme

en hombre cuya vida se pase haciendo el bien.

La Eucaristía es lo opuesto a ese “Dios me ha olvidado, Dios no se acuerda de nosotros”.

La Eucaristía es la última, pero siempre nueva oferta de amor hecha a mí por Dios.

La Eucaristía tiene fuerza para romper la obstinación, calor para ablandar la dureza y volumen para tonificar al desalentado.

La Eucaristía es: Dios me ha entregado su favor.

La Eucaristía es el regalo del amor de Dios.

La Eucaristía es el lugar donde hoy Dios y el hombre se encuentran».

TE AMO,
CORAZÓN DE JESÚS,
EN LA
Eucaristía



¿Qué expresión más dulce de escuchar que: “Te amo”?

Es la palabra mágica que abre el corazón de las madres a perdonar cualquier cosa de sus hijos. Es la palabra que ansían escuchar los corazones tristes, aquella palabra que puede dar ánimo y consuelo en el dolor... Es palabra que nunca se repite, aunque se diga muchas veces. Siempre tiene el sabor de lo nuevo, de lo hermoso, siempre colma y nunca sacia.

Nuestro Dios también anhela de sus hijos esa palabra: Te amo. Hoy se la diremos al Corazón de Jesús presente en la Sagrada Eucaristía...

En cada uno de los Sagrarios del mundo entero: Te amo, Cristo, en la Eucaristía.

Y sobre todo te amo en aquellos en los que en este día serás olvidado y no recibirás ninguna visita.

Te amo en aquellos Sagrarios en que ni tan siquiera tu Real presencia es anunciada por una débil lamparilla.

Te amo, Señor, por todas las veces que debí amarte y no te amé en mi vida.

Te amo, por todas las veces que no te amó algún miembro de mi familia.

Te amo, por todas las veces que no te amaron las almas

que en el purgatorio expían.

Te amo, Señor, por todos los que no te conocen y por los que, conociéndote, te olvidan.

Te amo, Señor, por todos aquellos que te rechazaron en sus vidas.

Te amo, Señor, por tantos de tus hijos que reciben de ti beneficios cada día y, sin embargo, olvidan que provienen de ti, no te agradecen e incluso te insultan con tus mismos beneficios.

Te amo, Señor, por tantos que olvidaran en este día que, por amor nuestro, mueres en la cruz y te inmolas en la Eucaristía.

Miércoles de Ceniza

EL COMIENZO DEL TIEMPO DE CUARESMA

“Recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás” (Gen. 3, 19); “Convertíos y creed en el Evangelio” (Mt. 1, 15). Con una de estas fórmulas nos será impuesta la ceniza en este día tan especial en la Iglesia. Ciertamente no es un día de precepto, aunque sí es muy aconsejable asistir a la Santa Misa. Sí es obligatorio en este día guardar ayuno y abstinencia.

Las cenizas nos recuerdan que cada uno de nosotros “ha sido sacado del polvo y al polvo volverá”: simbolizan la caducidad de las criaturas, por cuyo amor el pecador se aleja de Dios.

El ejemplo de penitencia del Señor en el desierto, así como el ayuno prolongado de Moisés (Ex. 34, 28) y de Elías (3 R. 19, 8), condujo desde antiguo a los fieles a practicar un ayuno continuo de cuarenta días como preparación a la Pascua. Este es el significado de la palabra “Cuaresma”: “Cuadragésima” (cuarenta). Para mantener el número bíblico de cuarenta días (ya que en los cuatro domingos no se ayuna), se añadieron otros cuatro días más a fines del pontificado de Gregorio Magno (+ 604), y desde entonces la Cuaresma empezó el miércoles de Ceniza.

Antiguamente este sentido penitencial de conversión se inculcaba de un modo más solemne y sugestivo que en nuestros días: el miércoles de Ceniza, el Obispo expulsaba del templo a los pecadores públicos. De esta emocionante ceremonia solo ha quedado

la imposición de la ceniza que entonces se administraba solamente a los penitentes: hoy la seguimos recibiendo con la piadosa intención de alcanzar verdadero espíritu de penitencia.

Pero el recuerdo de la muerte no es lo único que constituye el contenido del mensaje cuaresmal: la iglesia, mediante la segunda invitación, nos impulsa a salir al encuentro de la Vida que vence a la muerte de forma completa y para siempre: “¡Este es el tiempo propicio, éste es el tiempo de la salud!”. (2 Cor 6, 2)

El austero itinerario cuaresmal, que se comienza con esta celebración, debe servir, por tanto, para conseguir que caminemos confiados hacia el Señor de la vida inmortal: Por la cruz, a la Luz.

Nuestra existencia en esta tierra solo dura un puñado de años, y no sabemos cuántos. Quizás el termino de nuestra vida sea pronto. Debemos obrar con lógica: si no sabemos cuándo moriremos, y además que solo se muere una vez, y que de nuestra disposición en ella

depende toda nuestra eternidad, procuraríamos que fuese buena y piadosa y no desperdiciar ocasión para ganar méritos. Y trataríamos de ser buenos desde este momento y con perseverancia.

Pongamos los medios: la oración, el Santo Rosario, los Sacramentos, la Santa Misa al menos dominical, las obras de misericordia y penitencia, la lucha para quitar nuestro defecto dominante y adquirir las virtudes... ¿Estoy cumpliéndolos?

Para eso es este tiempo de Cuaresma en que la Iglesia nos invita a la penitencia y a la conversión. Un tiempo que nos recuerda un itinerario. ¿El final? El que nosotros mismos hayamos decidido. ¡Decidamos por Cristo en esta Cuaresma! Vivamos con fidelidad sus mandatos y enseñanzas. Así encontraremos el amor del Señor, su consuelo y su esperanza. Y, aunque parezca un camino difícil, recordemos que cuando la meta es gloriosa, no importan las dificultades del camino ... ¡y nuestra meta es reinar con Cristo eternamente en la Gloria!





“Será entregado a la muerte...”

(Mt.20,19)

Durante el tiempo litúrgico de la Cuaresma, la Iglesia nos invita a la conversión y a la penitencia. Y también nos invita a meditar en la Pasión del Señor que se aproxima.

La Santa Cruz es la señal del cristiano. Por tanto, debería presidir en nuestros hogares y demás ambientes: escuelas, oficinas... La cruz debería estar en nuestro pecho como signo de nuestra adhesión a Cristo. Sin embargo, cada vez más ocurre que -lamentablemente- los que nos decimos católicos nos avergonzamos de la cruz.

San Manuel González nos ayuda a meditar en la cruz de Cristo... aunque es una reflexión dirigida a los sacerdotes, bien podemos aplicárnosla todos los bautizados...

Meditación de San Manuel González

«Sacerdote mío, ¿qué te dice la cruz que corona mis Sagrarios y preside mis altares y que por medio de mi liturgia te mando hacer y mirar y besar tantas veces al día?

¡Qué falta te hace meditar a ti, sacerdote, que Yo, Jesucristo, soy Rey desde la Cruz. ¡Que tú eres ministro del Rey de la Cruz!, y querer o intentar tú un sacerdocio para ti sin cruz ¡es destronarme a Mí y desarmarte a ti!

Yo soy el eterno procesado por el tribunal de las pasiones desordenadas y disfrazadas con el nombre de razón política, prudencia, ciencia, progreso, libertad y hasta religión.

Un Rey, cuyos enemigos, en definitiva y de verdad son las pasiones de los hombres, tiene que reinar con y por la Cruz.

Yo no he reinado en la tierra más que así.

La Cruz llevada por Mí y los míos es la única que puede destrozarse a esos enemigos. Las pasiones, la soberbia, la lujuria, la pereza, no tienen más enemigo serio y de verdad que mi Cruz, es decir, la cruz llevada a ejemplo mío y con la gracia mía...

Sacerdote mío, compañero de cruz, ¿caes ahora en la causa de tus desencantos y desilusiones, tus desmayos y quejas, tus tinieblas y desorientaciones...?

Insensiblemente te dejas llevar del espíritu humano que no quiere cruz, que la odia a muerte y te empeñas en trabajar sin

La Cruz de Cristo nos invita y nos dice: ¡Acéptame, ámame y saca de mí toda la Vida que estoy dispuesta a darte!

cruz, en triunfar sin cruz... y ¡lo que es peor, en glorificarme a Mí y santificarte a ti sin cruz...!

No olvides nunca que desde el Calvario y desde el altar de tu Misa gané y doy la mayor gloria a mi Padre y la mayor gracia a los hombres, y en el Calvario y en el altar ¡¡fíjate, sacerdote mío!- ¡estoy en cruz!

¡Qué contento quedaría Yo de tus Misas si de cada una de ellas sacaras ganas de estar en tu cruz un poquito mejor que el día anterior!...».

¿Qué nos dice a nosotros la Santa Cruz?

Nuestro Rey está crucificado ¿y nosotros huimos del dolor?, ¿depreciamos a quienes sufren?... Si las pasiones desordenadas son los enemigos de Cristo, ¿son mis enemigos?... ese afán desordenado de tener, de aparentar, de mentir... esa pereza en el servicio de Dios... esa falta de cuidado con la pureza, con la guarda de los sentidos...

Y cuando el dolor -inevitable en la vida- nos visita, ¿huimos de esa cruz? La cruz de la enfermedad, de la incompreensión, del desamor, del engaño... incluso la cruz de la vejez que inexorablemente llega a toda vida humana.

Insensiblemente nos dejamos llevar del espíritu

humano que no quiere cruz... la sociedad del bienestar y del placer nos obliga a huir a pasos agigantados de todo lo que implica dolor. Y, sin embargo, admiramos a los héroes que afrontan el dolor, que aguantan en la lucha, admiramos a las “madres y padres corajes”, admiramos a los jóvenes que se sacrifican por alcanzar una meta, a los deportistas o a los artistas que, por una corona humana, padecen alguna privación... ¡Somos incoherentes! Aceptamos “cruces y dolores”, con tal de huir de la Cruz de Cristo y del dolor que Dios nos envía o permite en nuestras vidas.

La Cruz de Cristo nos invita y nos dice: ¡Acéptame, ámame y saca de mí toda la Vida que estoy dispuesta a darte!

Sabemos que Jesús está con nosotros para sostenernos, ayudarnos y alentarnos. Y que la meta es gloriosa: reinar con Cristo Jesús, desde el Sagrario. Él es nuestro compañero de camino.



Jesús, NUESTRO DIVINO REMEDIO EN LA *Eucaristía*

Toda alma piadosa desea amar a Dios. Pero, a veces, nos encontramos con que nuestro corazón es tibio, que no sabemos amar a Dios como Él debe ser amado, con todo el corazón y con toda el alma.

Pero tenemos un Maestro en el amor: el mismo Jesús que desde el Sagrario nos enseña a amar con todo el corazón, con toda generosidad, con toda intensidad.

El P. Paul De Jaeger, en su hermoso libro “Confianza”, nos ofrece una reflexión acerca de cómo Jesús es nuestro Maestro en el amor a Dios. Reflexionemos guiados de este autor:



Libro
“Confianza”
del P. Paul De
Jaeger, S.I.

«Jesús lleva nuestro amor a la perfección.

El corazón humano está hecho para amar. El amor desempeña un papel primordial en nuestra vida y, sin él, esta vida no valdría la pena ser vivida. Todos nosotros amamos. Todos sentimos la necesidad de entregar nuestro corazón a algún objeto digno de nuestro amor. Los

mundanos aman también, pero ¡ahí ellos prodigan su corazón, ese corazón hecho para Dios, esa alma sedienta de infinito, en mezquinas criaturas!

Su amor es fatalmente muy pobre. El verdadero amor, infinitamente más noble, más fuerte, más ardiente, no se encuentra sino en el alma que ha escogido como su todo a Dios, para el cual está esencialmente hecha.

Felizmente, somos del número de esos privilegiados a quienes Dios se ha revelado como el verdadero tesoro de su corazón. A medida que avanzamos en la vida, Dios nos ha descubierto más su amabilidad única y la nada de todas las creaturas. El amor ha crecido en nosotros, de una manera secreta tal vez, pero segura. Ha llegado a ser un fuego devorador. ¡Sentimos tanto deseo de

amar inmensamente a ese Dios cuyos irresistibles atractivos hemos sentido a veces y a quien, por desgracia, jamás podríamos amar como debe serlo!

El amor, en fin, ha llegado a ser como una llaga en el fondo de nuestro corazón. ¿Quién nos dará el secreto del divino amor? ¿Quién nos dará salir enteramente de nosotros mismos y, por medio de un perfecto don de nosotros mismos, entregarnos sin reservas a nuestro amado Dios? ¿Quién nos dará el amar hasta la locura a Aquél que por sí solo debería absorber y cautivar todo nuestro amor?

¿Cómo aliviar esa necesidad dolorosa de nuestra alma? Amar también por tantos otros que no aman o aman muy poco, amar por esos millones de hombres que son hermanos nuestros en Jesucristo, que son, como nosotros, miembros suyos y que, siendo algo de Él, son también algo de nosotros mismos. Su corazón es, en cierto modo, nuestro corazón. ¡Ah, si nuestro propio corazón arde un tanto en el fuego del amor divino, el suyo está completamente helado! ¡Oh, cómo quisiéramos reanimar esos corazones que Jesús nos ha dado para verter en ellos nuestra caridad y hacerlos palpar de amor divino!

¿Quién me consolará en este penoso e insatisfecho deseo de amor inmenso?

¡Ay, por mí mismo nada puedo! En vano redoblaría mis esfuerzos por ser más generoso, más amante. Mi amor impuro y versátil permanecerá siempre mucho más acá del ideal que sueño, mucho más acá del amor sin límites que quisiera tributar a Dios.

Entonces, ¿quién me ayudará? ¿Quién me dará, y con creces, el amor que necesito para amar a Dios?

Jesús Eucaristía me invita y me dice: “Toma mi Corazón amantísimo y en ese océano de amor sumerge tu corazón y el de todos aquellos en quienes, y por quienes, quisieras amarme, y luego ofrécelo todo a mi Padre Celestial como un homenaje de perfecta caridad.

Ofrécele sobre todo el esfuerzo supremo de mi amor, las últimas palpitaciones de mi Corazón al inmolarse por él en la cruz, y hoy mismo sobre el Calvario del Sagrado altar”.

¡Ah, qué grande es mi dicha, con tal de que no me aisle en mí mismo, con tal de que recurra en esto también a Jesús, mi Divino Remedio!».



MARÍA PROPICIA NUESTRO ENCUENTRO *con Jesús*

Un lema clásico de San Luis M^a Grignion de Montfort es “A Jesús por María”. El objetivo de la Madre es que lleguemos al Hijo. Ella nos lleva al Encuentro con Jesús. Y a Jesús se le encuentra en la Eucaristía. Junto a nuestro Jesús cercano del Sagrario está María. Aunque estemos con el corazón frío, podemos pedirle a Ella: “Madre, préstame tu Corazón. Préstame tu mirada, para mirar y amar a Jesús”. Ella no niega esa gracia a quien la pide.

Cómo debe ser nuestro Encuentro con Jesús.

El apostolado principal, alma de todo otro apostolado, es la propia unión con Dios en la oración. Y el mejor es llevar a todos a un encuentro personal con Dios.

En las distintas circunstancias en que nos halleemos, Jesús se hace todo a todos.

Será encuentro personal, íntimo, de amigo. O bien de respeto y adoración, de confianza filial, de pureza, de humildad, de paz y fuerza en la tribulación, de perdón y reparación...

Para poder oír su voz callada, humilde, es más propicio el silencio que el bullicio. Hacer silencio por fuera. También hacer silencio en nuestro corazón, en el interior.

Ahora vamos a mirar a María. Y con Ella miraremos a Jesús.

En este día, próximos a comenzar la Cuaresma, María nos inspira un gran amor a Jesús, que nos colma de beneficios, que ha dado su vida por nosotros, y la sigue ofreciendo en la Santa Misa.

¡Qué agradecida es Ella! ¡Cómo serían sus comuniones! Con su corazón, podemos prorrumpir en ese canto de alegría y gratitud al Dios que hace obras grandes en los humildes: el Magnificat.

Y empapado en esa gratitud y amor, que sea un encuentro lleno de respeto y adoración.

“Con mucha frecuencia, en los Evangelios, hay personas que se dirigen a Jesús llamándole “Señor”. Este título expresa el respeto y la confianza de los que se acercan a Jesús y esperan de Él socorro y curación. Bajo la moción del Espíritu Santo, expresa el reconocimiento del misterio divino de Jesús. En el encuentro con Jesús resucitado, se convierte en adoración: “Señor mío y Dios mío” (Jn 20, 28). Entonces toma una connotación de amor y de afecto que quedará como propio de la tradición cristiana: “¡Es el Señor!” (Jn 21, 7)”. (Catecismo de la Iglesia C. N° 448)

Cuando hagamos nuestras visitas a Nuestro Señor Jesucristo en su augustísimo Sacramento, recordaremos el ejemplo de los magos que le rindieron el homenaje exterior

del cuerpo. Ante Jesús expuesto en la Hostia adorable o delante del Sagrario, haremos la genuflexión y, en el interior, algún acto de fe y amor.

“Inclinaos ante Él con profundo respeto, en señal de suma dependencia y de amor. Juntaos con los reyes magos cuando, postrándose en tierra, inclinada la frente hasta el suelo, adoraron, en el humilde pesebre de Belén, al Niño-Dios envuelto en pobres pañales”. (San Pedro Julián Eymard)

Acaso no podamos imitar esa postura, pero sí estaremos de rodillas. Haremos bien la señal de la cruz, con atención y sin garabatos, con un acto silencioso de fe. Este acto de fe es muy útil para despertar en nuestros sentidos, en el espíritu y en el corazón, la piedad eucarística; nos abrirá el corazón de Dios y los tesoros de sus gracias; es preciso ser fieles y hacer este acto santa y devotamente.

A continuación, los dones que le ofrecemos son toda nuestra persona y cada una de las facultades de nuestra alma. Le pedimos con el corazón que nos muestre su Voluntad, que estamos disponibles a lo que Él nos pida, que deseamos agradecerle. Imitemos el Fiat de Santa María en la Anunciación.

Como son tan imperfectas nuestras adoraciones, es necesario que las unamos a las de la Santísima Virgen en Belén, en Nazaret, en el Calvario y en el Cenáculo, junto al Sagrario, que las juntemos con las actuales de la Santa Madre Iglesia, con las de todas las almas santas que adoran a nuestro Señor en esos momentos, con las de toda la corte celestial que le glorifica en el paraíso; y, de este modo, las nuestras participarán del mérito y santidad de las de todos ellos.



Nuestra Señora del Santísimo Sacramento. (Basilica del Santísimo Sacramento, Argentina)

Tres mujeres laicas, mártires...

POR AMOR A CRISTO
Y A SU IGLESIA

El siglo XVI conoció a hombres y mujeres, clérigos y laicos, ingleses e irlandeses que dieron su vida por la fe en Cristo. En las islas, se prohibió la Santa Misa y los sacerdotes fueron expulsados. ¡Qué dolor para los fieles verse privados de la Sagrada Comunión!

La culpa por ser sacerdote era traición y la pena, capital. Y quienes dieran cobijo, comida, dinero o cualquier clase de ayuda a sacerdotes fieles a la Iglesia y al Papa, que en la clandestinidad trabajaban por mantener la fe de los fieles, o a los sacerdotes que ingresaban en las islas camuflados, eran tratados como traidores y se les llevaba a la horca.

Bastaba con sorprender ornamentos, vasos sagrados, libros litúrgicos... o la denuncia de los espías y de los malintencionados, de haber dado hospedaje en su casa a un misionero o haber tenido la Santa Misa para ser acusado de traición y condenado a muerte.

En este siglo destacan –entre muchos- la figura de tres mujeres laicas, casadas, mujeres valientes que se alimentaban de la Sagrada Eucaristía y así resistieron hasta dar la vida por el “gravísimo delito” de ayudar a los



sacerdotes perseguidos, de escuchar la Santa Misa: las inglesas Anne Line y Margarita Ward y la irlandesa Margarita Ball. Poco se sabe de sus vidas. Los escasos datos que se conservan hablan de una fe intrépida y de un acendrado amor a Cristo y a su Iglesia.

Anne Line nació en 1567, hija de un caballero calvinista de buena posición económica que, al convertirse al catolicismo junto con su hermano, fue desheredado y repudiado por su familia. Su marido, Roger Line, joven católico también desheredado a causa de su conversión al catolicismo, fue detenido cuando asistía a la Santa Misa. Murió en el destierro en 1594. La joven viuda fue entonces encargada de atender una casa de refugio para ocultar a los sacerdotes. Aunque Anne no gozaba de buena salud, aceptó la difícil y arriesgada misión.

Las autoridades comenzaron a sospechar de la viuda. El 2 de febrero de 1601, un sacerdote fue encontrado allí celebrando la Santa Misa. El sacerdote logró huir, pero Anne fue detenida junto con dos otros laicos, juzgada y condenada a la horca donde murió el 27 de febrero de 1601. Fue canonizada por el Papa Pablo VI el 25 de octubre de 1970, como una de los Cuarenta Mártires de Inglaterra y Gales.

Casi coetánea de Anne, **Margarita Ward** nació en torno al 1550, en el seno de una distinguidísima familia inglesa.

Cuando Margarita supo que

habían arrestado a un sacerdote y que lo estaba siendo sometido a continuos sufrimientos decidió visitarlo para ayudarlo y confortarlo. En las primeras vistas Margarita era minuciosamente revisada por los carceleros, pero poco a poco las autoridades se hicieron menos cautelosas y Margarita logró introducir una cuerda en la prisión, que luego facilitó la fuga del sacerdote. Margarita fue arrestada, conducida ante el juez y sentenciada a un severo castigo: fue puesta en planchas ardiendo durante ocho días, azotada y colgada por las muñecas, solo tocaba el suelo con las puntas de los dedos de sus pies, durante tanto tiempo que quedó inválida y paralizada. Fue condenada a muerte e inmoló su vida en el patíbulo en Tyburn el 30 de agosto de 1588. Fue canonizada en 1970 por el Papa Pablo VI.

La irlandesa **Margarita Ball** nació hacia el año 1515. Con quince años se casó con Bartolomé Ball, quien murió al cabo de treinta y ocho años de matrimonio.

Cuando en 1568 quedó viuda, Margarita pensó emplear su tiempo en alguna buena obra y abrió en su casa una escuela donde ofreció educación y formación a los niños y jóvenes procedentes de familias católicas, las cuales, muy pronto, le mandaron alumnos de todos los rincones del país. La instrucción, la buena educación y la piedad que ella les transmitía acreditaron a los ojos de los padres y de los propios jóvenes la Institución de Margarita.

A su vez, arriesgando su propia vida, acogía a sacerdotes católicos en su casa. A finales del año 1570 fue denunciada y, registrada la vivienda, hallaron a un sacerdote celebrando la Santa Misa, por lo que Margarita fue encarcelada. Pronto salió pagando una suma de dinero y gracias a algunas personas influyentes. Una vez en libertad, Margarita continuó su labor educativa y apostólica.

De los cuatro hijos de Margarita, tres eran católicos y defendían y apoyaban a su madre. Sin embargo, el mayor, Walter, la denunció por acoger en su casa a sacerdotes y tener la celebración de la Santa Misa.

Margarita fue encarcelada, vejada y torturada hasta que, ya septuagenaria, falleció. Fue beatificada el 27 de septiembre de 1992 junto con un grupo de mártires irlandeses.

Anne Line, Margarita Ward y Margarita Ball, tres mujeres heroicas, laicas y madres de familia, que no temieron convertir sus hogares en refugios para el mismo Dios, ya que en ellos se celebraba la Santa Misa y se daba la Sagrada Comunión a los fieles asistentes y se acogía y protegía a los sacerdotes, ministros del Señor.

Su valiente y hermoso testimonio pregona que no hay amor más grande que el de dar la vida y como el Señor Sacramentado a quienes ellas dieron acogida, también ellas dieron su vida por amor a Cristo.



MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS

El Milagro Eucarístico de Ludbreg

Los milagros eucarísticos ocurridos en el mundo a lo largo de la historia son un testimonio perenne e innegable de la Presencia Real de Jesús en la Eucaristía.

Se trata de intervenciones prodigiosas de Dios que tiene como fin confirmar la fe en la Presencia Real del cuerpo y la sangre del Señor en la Eucaristía.

Conocemos la doctrina católica con respecto a la presencia real. Con las palabras de la consagración: *“Este es mi cuerpo”, “esta es mi sangre”*, la sustancia del pan se

convierte en cuerpo de Cristo y la sustancia del vino en su sangre.

Esta maravillosa transformación toma el nombre de transustanciación, es decir, el cambio de sustancia por otra. Del pan y del vino restan solamente las apariencias o especies, dicho en términos filosóficos “accidentes”. Son el color, el sabor, el olor, inclusive la capacidad nutritiva, pero no la sustancia, es decir, la verdadera realidad convertida en el cuerpo y la sangre del Señor.

La transustanciación no puede ser experimentada en



Interior de la capilla del castillo de los condes Batthyány donde se conserva la preciosa reliquia de la Sangre del milagro.

absoluto por los sentidos, solo la fe nos asegura esta maravillosa transformación.

Los milagros eucarísticos buscan confirmar esta fe que se funda en las palabras de Jesús, aquello que aparece como pan no es pan y aquello que aparece como vino no es vino.

En los milagros eucarísticos se dejan ver, efectivamente, la carne y la sangre; o una sin la otra, dependiendo del milagro. El fin de estos milagros es el demostrar que no debemos buscar la apariencia externa (pan y vino), sino la sustancia, la verdadera realidad de la cosa, que es la carne y la sangre.

Las manifestaciones milagrosas varían: a veces es la Eucaristía que sangra o se transforma en carne y sangre... En otras ocasiones son Sagradas Hostias encontradas y conservadas milagrosamente. No raras veces estos milagros son fruto de la incredulidad o la duda.

En 1411, en Ludbreg, en la capilla del castillo de los condes Batthyány, un sacerdote celebró la Misa. Durante la consagración del vino, el sacerdote dudó de la verdad de la transustanciación, es decir, dudó que el pan y el vino pasaran a ser el Cuerpo y la sangre del Señor. El sacerdote luchaba contra esta tentación contra la fe en la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía. Fue el mismo Señor quien obró un milagro para confirmar a su ministro en la fe y hacerlo salir de dudas para siempre.

Estando en la Santa Misa, después de la consagración, el vino contenido en el cáliz se transformó en Sangre.

Lleno de confusión, y sin saber que hacer, el sacerdote escondió la Reliquia detrás de un muro del altar principal. Tal vez se sentía culpable y avergonzado. Pidió a un albañil que hiciera el trabajo el cual fue obligado a guardar silencio.

El sacerdote mantuvo el secreto, pero poco antes de morir reveló el milagro. Luego de su confesión, la noticia se difundió velozmente y Ludbreg se convirtió en meta de peregrinaciones. Poco después, la Santa Sede mandó que la Reliquia del milagro fuese llevada a Roma, donde permaneció por largos años.

El pueblo de Ludbreg y los alrededores continuaron la costumbre de peregrinar hacia la capilla del castillo.

A inicios del siglo XVI, durante el pontificado del Papa Julio II, se convocó en Ludbreg una comisión para investigar los hechos relacionados con el milagro eucarístico.

Fue allí que se recogieron varios testimonios de curaciones milagrosas gracias a la oración ante la reliquia. El 14 de abril de 1513, el Papa León X publicó la Bula, permitiendo la veneración de la Santa Reliquia, que él mismo, en repetidas ocasiones, había llevado en procesión por las calles de Roma. Poco después, la Reliquia fue restituida a Croacia.

Durante el siglo XVIII, la Croacia septentrional fue atacada por la peste. El pueblo se dirigió a Dios para invocar su auxilio. Lo mismo hizo el Parlamento croata, que durante la sesión llevada a cabo en la ciudad de Varađin, el 15 de diciembre de 1739, hizo el voto de construir una capilla

en Ludbreg en honor al milagro si la peste se detenía.

La peste fue derrotada, pero el voto prometido solo fue cumplido en 1994 con el restablecimiento de la democracia en Croacia. En el año 2005, en la capilla votiva, el artista Marijan Jakubin pintó un gran fresco de la Última Cena en el que, en vez de los apóstoles, se encuentran los santos y beatos croatas. En el lugar de San Juan, se encuentra el beato Iván Merz, que durante el Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía, realizado en Roma en el año 2005, ha sido contado entre los dieciocho santos eucarísticos más importantes de la historia de la Iglesia. En el cuadro, Cristo sostiene en su mano la Custodia con la reliquia del milagro eucarístico.

Hasta nuestros días, la preciosa reliquia de la sangre del milagro atrae cada año a miles de fieles. Desde inicios del mes de septiembre, y por toda una semana, se celebra la llamada "Sveta Nedilja- Santo Domingo", en honor al milagro eucarístico de 1411. La Reliquia de la Sangre se conserva perfectamente intacta en una riquísima Custodia, realizada en 1721.



ALIANZA DE ORACIÓN MARIANA

Cor Mariae Pro Eis

«La vocación sacerdotal es sublime, es ser llamado a asociarse en todo a Jesús. ¡Qué hermoso el que un día podamos presentar a Jesús lo único que Él anhela: miles de almas salvadas por Él mediante nuestro ministerio sacerdotal!». (P. Rodrigo Molina)



Oremos por la fidelidad y santidad de los sacerdotes.

Este apostolado es una llamada a todos los fieles católicos, y a los que espontánea y libremente deseen unirse a esta alianza de oración, para que nos concienticemos de la responsabilidad que tenemos de ofrecer oraciones y sacrificios por los sacerdotes, en agradecimiento por la donación de sus vidas a Dios en favor de toda la humanidad.

Por medio de esta Alianza de Oración Mariana pedimos a la Virgen Santísima que aumente el número de los escogidos al estado sacerdotal, que su santo amor los proteja de todo peligro, que bendiga sus trabajos y fatigas y que, como fruto de su apostolado, obtengan la salvación de muchas almas que sean su consuelo aquí en la tierra y su corona eterna en el Cielo.

“Oh Jesús, que has instituido el sacerdocio para continuar en la tierra la obra divina de salvar a las almas, protege a tus sacerdotes en el refugio de tu Sagrado Corazón”. (Santa Teresita del Niño Jesús)

Reinado 
de María

www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

 NSEradio

 www.nseradio.com

 www.nsetv.com




nsetvradio
ejercitoblanc0


@nseradio
@nsetv


nseradio
nsetv

Dirección de correo electrónico:
infoproeis@gmail.com